



6

Abrahán, nuestro padre en la fe

Dios sale al encuentro para bendecirnos. Hemos descubierto cómo toda la obra de la salvación es una obra de bendición recorriendo los hitos principales de la historia de la salvación.

Ya hemos visto que el *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice en el número 1080 que a partir de Abraham es cuando la bendición divina penetra en la historia humana, para hacerla volver a la vida cuando se encaminaba a la muerte. A través de Abraham, Dios hace volver a toda la humanidad a la vida, a su fuente.

Abraham es el padre de los creyentes que acoge la bendición, que inaugura de nuevo la historia de la salvación. **Abraham, nuestro padre en la fe:** así le llama la primera plegaria eucarística. Desde ahí vamos a intentar conocer un poquito mejor al Dios vivo y verdadero, a nuestro Dios, que es amor, y la vida que brota de Él y vamos a ver cómo en las primeras escenas de la historia de la salvación ya se encierran las grandes claves de lo que es la vida cristiana: vivir en Dios y con Dios.

Todo parte de la llamada de Dios a Abram. Escuchamos el comienzo del capítulo 12 del Génesis:

Texto (Gn 12,1) _____

«Yahveh dijo a Abram: «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y tú serás una bendición. Por ti serán benditos todos los linajes de la tierra. Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh». Tenía Abram 75 años cuando salió».

Es impresionante ver qué nos narra la Escritura: un Dios presente que sale al encuentro. Esa presencia del Señor se manifiesta a Abram y le llama, lo llama porque lo ha amado y lo ha elegido y por eso le dirige la palabra; habla con él y su palabra es clara y certera: «¡Sal, sal de donde estás, déjalo todo y vete a la tierra donde yo te mostraré! Camina siguiéndome, camina a mi paso, camina a donde yo te conduzca y te voy a bendecir y de ti sacaré una gran descendencia, de ti haré una gran nación y tú serás una bendición para todos los hombres, por ti serán benditos todos los linajes de la tierra».

Este es Dios, el Dios que está presente, que en determinados momentos manifiesta su presencia y nos llama por nuestro nombre, sale a nuestro encuentro porque nos conoce, porque nos ama, porque nos quiere y nos ha elegido para colmarnos de bendición.

Ante este Dios que sorprende, ¿qué hace Abrán? Dice la Escritura que se puso en camino como se lo había dicho Dios. Cuando Abrán apenas esperaba nada de la vida es cuando el Señor sale a su encuentro y le llama, porque quiere hacer obras grandes con él.

Pasa el tiempo y de nuevo el Señor vuelve a hablar a Abrán profundizando la primera llamada. Escuchamos el comienzo del capítulo 15 del Génesis:

Texto (Gn 15, 1)

«Fue dirigida la palabra de Yahveh a Abrán en visión: “No temas, Abrán. Yo soy para ti un escudo. Tu premio será muy grande”. Dijo Abrán: “Mi Señor, Yahveh, ¿qué me vas a dar, si me voy sin hijos...? [...] No me has dado descendencia, y un criado de mi casa me va a heredar?”. Pero Yahveh le dijo: “No te heredarás ese, sino que te heredarás uno que saldrá de tus entrañas”. Y sacándole afuera, le dijo: “Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas”. Y le dijo: “Así será tu descendencia”. Y creyó él en Yahveh, el cual se lo reputó por justicia. Aquel día hizo Yahveh una alianza con Abrán en estos términos: “Voy a dar a tu descendencia esta tierra”».

El Señor sale de nuevo al encuentro de Abrán y lo primero es el saludo de paz: **«no temas»**. Como dirá más adelante en el mismo libro del Génesis, Dios dice: **«Yo estoy contigo, no temas, tu premio será muy grande porque has escuchado mi voz»**, aquí la expresión es preciosa.

Ahora es cuando el Señor concreta la primera promesa hecha. Dios le dice: **«te daré un hijo que saldrá de tus entrañas»**. Atención, aquí viene un momento clave, no solo de la vida de Abrán, sino de la historia de la salvación, porque desde este momento hemos sido bendecidos todos: **«Y creyó Abrán en Yahveh»**.

Gracias a la fe de Abrán Dios pudo realizar su designio, es decir, el designio de salvación y bendición de todos, de nosotros que hemos sido bendecidos en él. Y Yahveh, el Señor, hizo alianza con Abrán prometiéndole dar en herencia a su descendencia la tierra en la que era peregrino.

El Señor, que sale a nuestro encuentro para darnos la paz y lo hace así en nuestra vida. El Señor cumple lo que promete, pero esa presencia del Señor que sale a nuestro encuentro nos hace esperar, esa promesa se va a dilatar en el tiempo y va a venir un periodo largo que va a hacer que el camino de Abrán y de Saray sea un camino de prueba, esperando en Dios.

Van pasando los días y el hijo de la promesa no llega... Entonces Saray propone a Abrán que se una a su esclava Agar y así ella le dará un hijo. Así lo hace. Abrán se une a **Agar**, concibe y de ella nacerá después **Ismael**.

En nuestra vida también, cuando caminamos tras el Señor, a veces es difícil comprender los caminos de Dios, y a veces pensamos, tenemos la tentación de dar cumplimiento de manera humana a la promesa de Dios.

Vino el hijo de la esclava, Ismael, pero Agar, al verse encinta y ver que ella iba a ser madre, empezó a despreciar a Saray. Saray exigió a Abrán que la retirara de su presencia. Agar tuvo que huir, pero el Señor salió a su encuentro porque ella se había visto involucrada en esta historia sin buscarlo. El Señor también vela por los más pobres y débiles, y junto a un manantial de agua el Señor le dice a Agar: **«Vuelve donde tu señora y sométete a ella»**. Agar, después de haber tenido este encuentro con el Señor, nos dice el texto del Génesis lo siguiente:

Texto (Gn 16, 13)

«Dio Agar a Yahveh, que le había hablado, el nombre de “Tú eres el que me ve”, pues dijo: “¿Si será que he llegado a ver aquí las espaldas de Aquel que me ve?”. Por eso se llamó aquel pozo “Pozo del viviente que me ve”».

«El viviente que me ve». Así descubrió Agar al Señor. Qué nombre tan bonito de Dios, es **el Dios vivo y verdadero**, el realmente viviente y aquel que nos ve, **siempre estamos en su presencia, toda nuestra vida discurre bajo su mirada**, pero no es la mirada de un Dios policía, de un Dios que está al acecho, ¡no! Es el **Dios que nos mira con inmenso amor** porque nos quiere, es la mirada de una madre que está siempre pendiente de su hijo, es la mirada de un padre que está siempre atento a proveer las necesidades del hijo, es como la mirada de un esposo siempre enamorado de su mujer que anda en todo momento pendiente de ella.

Tantos ejemplos o imágenes podríamos hacer, pero para nosotros lo importante es esto: **Dios es el viviente que nos ve**, siempre estamos bajo la mirada amorosa de Dios que nos ama. Qué certeza, qué seguridad, qué convicción para nuestra vida saber esto, qué paz saber que el Señor siempre está ahí, mirándonos porque nos ama, invitándonos, sabiendo que estamos en su presencia y bajo su mirada, a caminar y vivir en su presencia.

Texto (Gn 17, 1)

«Cuando Abrán tenía noventa y nueve años, se le apareció Yahveh y le dijo: “Yo soy Dios, camina en mi presencia y sé perfecto. Yo establezco mi alianza entre nosotros dos, y te multiplicaré sobremanera”».

Han pasado veinticinco años, el hijo no ha venido y Yahveh sale de nuevo al encuentro de Abrán, se presenta: *«Yo soy Dios»* y el mensaje es precioso: *«Camina en mi presencia y sé perfecto»*. Ahora el Señor va a establecer alianza, una alianza clara. Dios es el Dios presente, está siempre junto a nosotros -otra cosa es que percibamos su presencia- precisamente lo característico de este momento de aparición es que aquel que está presente se manifiesta, se hace accesible, se da a conocer, se muestra. Su mensaje es: *«Estoy aquí, soy yo, camina en mi presencia y sé perfecto»*.

Y ahora el Señor va a establecer de nuevo la alianza con Abrán, escuchamos:

Texto (Gn 17, 3)

«Cayó Abrán rostro en tierra, y Dios le habló así: “Por mi parte he aquí mi alianza contigo: No te llamarás más Abrán,¹ sino que tu nombre será Abrahán, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido. Te haré fecundo sobremanera y estableceré mi alianza entre nosotros dos, y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: una alianza eterna, de ser yo el Dios tuyo y el de tu descendencia”».

Y ahora el Señor habla de Saray:

Texto (Gn 17, 15.19.21)

«A Saray, tu mujer, no la llamarás más Saray,² sino que su nombre será Sara. Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Isaac. Mi alianza la estableceré con Isaac, el que Sara te dará a luz el año que viene por este tiempo».

El Señor afirma de nuevo la alianza con Abrahán. El Dios que sale al encuentro, que llama, que hace promesa de bendición, que camina junto a Abrahán, aquel que vive siempre cercano, ahora sella el encuentro, pacta, se une, se vincula, para llamar a una comunión.

La **presencia** se hace **encuentro**, en el encuentro aparece la **promesa de bendición**, y en esa promesa aparece la **alianza**, la llamada a vivir juntos, a una **comunión de vida**.



Si el Señor había hablado de una bendición que en principio era a una tierra y a una descendencia, ahora el Señor introduce el gran motivo de toda la historia de la salvación, que irá explicando a lo largo de los siglos y que **se hará explícita y plena con nuestro Señor Jesucristo en la Alianza Nueva y Eterna**.

¹ Cambia el significado y la misión del nombre. De Abram (nombre caldeo “Padre enaltecido”) a Abra(h)am (“Padre de una multitud”).

² De Saray (nombre de origen caldeo) a Sara(h) (en hebreo “Princesa” de un pueblo, de una multitud)

Dice así el Señor a Abrahán: *«haré una alianza eterna de ser yo el Dios tuyo y el de tu descendencia»*. Dios se compromete a ser **Dios para nosotros**: nada más y nada menos que la verdadera bendición es Él que se nos dará.

Aquí ya, en Abrahán, por primera vez aparece **la gran promesa, la gran bendición: Dios se dará a sí mismo al hombre**, el Dios que colmará los anhelos del hombre.

Va sucediéndose el tiempo y tenemos después una escena preciosa, decisiva, cuando **el Señor se muestra en la encina de Mambré**. Estando Abrahán sentado a la puerta de la tienda, nos dice el texto que levantando los ojos vio a tres individuos parados a su vera, los vio y acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos y se postró en tierra.

Aquí la tradición de la Iglesia ha vislumbrado una imagen de la Trinidad. Muchos de vosotros recordáis el famoso **icono de la Trinidad** de Rublev, que evoca este encuentro. El Señor le hace una promesa: *«¿Dónde está Sara?»* Y contesta Abrahán: *«Allí en la tienda»*. Y dice el Señor *«¿Acaso hay algo imposible para Dios? En el plazo fijado volveré, y al término de un embarazo, Sara tendrá un hijo»*. Se ratifica la promesa y efectivamente, después de nueve meses Sara tuvo un hijo.



El Señor le dice a Abrahán: *«¿Acaso puedo ocultar a Abrahán lo que pienso hacer, cuando voy a hacer un pueblo grande y poderoso y bendeciré a todos los pueblos de la tierra?»*.

¡Impresionante! **El Dios que bendice es el Dios que quiere nuestra amistad**. El Dios que nos llama para revelarnos sus secretos, para que conozcamos sus deseos, sus proyectos, sus pensamientos. Aquel que elige Dios lo quiere amigo y quiere revelarles sus designios y también la participación que ha de tener en esos proyectos. **Abrahán se hace confidente de Dios y Dios le confía su plan**.

Nos dice el texto que Abrahán permanecía de pie en presencia de Yahveh, se mantenía en esa actitud que Dios le había dicho: *«Camina en mi presencia»*. Y es cuando Yahveh le hace conocer a Abrahán el dolor que siente por el pecado de Sodoma y Gomorra. **Abrahán es introducido en la compasión de Dios**, él intercede pero en el fondo esa intercesión no es sino el reflejo en el corazón de Abrahán de la compasión de Dios. Intercesión que refleja esa compasión en el corazón.

Y pasamos desde aquí a un momento decisivo en la vida de Abrahán, **el momento de la prueba**, la prueba más fuerte, la prueba más dura, cuando Dios le pide a Abrahán que sacrifique a su hijo. Escuchamos este relato que creo que todos conocemos bien.

Texto (Gn 22, 1) _____

«Dios puso a prueba a Abrahán y le dijo “¡Abrahán, Abrahán!”. El respondió: “Heme aquí”. Dijole: “Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga”. Levantóse Abrahán y se puso en marcha al lugar que le había dicho Dios».

El Señor se muestra de nuevo, el que está siempre presente pero oculto ahora, se da a conocer de nuevo a Abraham. Viene la prueba, el Señor le vuelve a llamar, le llama por su nombre, palabra de amor, y la respuesta de Abraham es: *«Heme aquí»*, **«Aquí estoy»**.

Abrahán es el que vive en presencia de Dios. El Señor le pide algo aparentemente incomprendible, *«el hijo que has recibido de mi, ofrécemelo en holocausto donde yo te diga»*. Ante esto que parece incomprendible **Abrahán responde y se pone en camino, obedece**, se pone en marcha guiado por Dios adonde Él le lleva para realizar el sacrificio.

Texto (Gn 22, 7)

«Dijo Isaac a su padre Abrahán: “¡Padre!”. Respondió: “¿qué hay, hijo?” – “Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?”. Dijo Abrahán: “Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío”. Y siguieron andando los dos juntos».

¡Cómo sonarían aquellas palabras en el corazón de Abrahán -«Padre»-!; esa palabra, dicha por su hijo, le rasgaría el corazón.

Isaac evoca la situación: está el fuego, la leña, pero ¿la víctima para el sacrificio? Y aquí viene una respuesta que será luego profética, pero que nos revela cómo vive un hombre de Dios en la presencia de Dios: «Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío» Y continuaron el camino.

Aquel que ha conocido a Dios aprende a vivir en su presencia y aprende a vivir bajo su mano providente. Sabe que Dios está siempre pendiente de todo y que Él vela siempre por los que ama. Sabemos muy bien cómo esa providencia de Dios se manifestará enseguida.

Escuchamos cómo fue:

Texto (Gn 22, 10.16.18)

«Alargó Abrahán la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo. Entonces le llamó el Ángel de Yahveh desde los cielos diciendo: “¡Abrahán, Abrahán!”. Él dijo: “Heme aquí”. Dijo el Ángel: “No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único”».

Y escuchamos cómo concluyen las palabras del Señor a Abrahán, que no se ha reservado el hijo que ha recibido de Dios. Ese hijo que es un don de Dios:

«Por mí mismo juro, oráculo de Yahveh, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa [...] Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz».

Porque no te has reservado tu hijo, porque el don que yo te di no lo has guardado para ti, sino que lo has reconocido como un don mío y cuando te lo he pedido me lo has devuelto desde el corazón. Por eso, porque has escuchado mi voz, y porque me has ofrecido lo que yo te he dado, por eso te bendeciré sobremanera.

Este es el camino de Abrahán, este camino donde es bendecido por Dios y donde Dios cumple lo que promete. Después, Abrahán que camina peregrino en la tierra, acabará teniendo un hijo como le había prometido el Señor, y además, al final de su vida, una pequeñísima propiedad en la tierra prometida, en Macpelá, donde fue sepultada Sara, su mujer, y después él.

La promesa de Dios se cumplió en su vida, en la descendencia, en la tierra que de una manera anticipada es poseída al final de la vida de Abrahán, pero sobre todo, lo más importante, porque Dios desde entonces será el Dios de Abrahán. **En la fe de Abrahán hemos sido bendecidos todos.**

Gracias, Abrahán, por tu fe, gracias por haber creído, gracias porque creíste que no hay nada imposible para Dios, porque dándote a ti un hijo podía bendecir a todas las naciones, gracias porque contra toda comprensión humana si Dios te pedía ofrecerle el hijo por algo sería y capacidad tenía Dios para sacar adelante su promesa de descendencia. Gracias, porque has creído, como María, que para Dios nada hay imposible.

* * *



Vamos a tratar ahora, **a la luz de** lo que hemos contemplado en **Abrahán**, de comprender mejor el misterio de **nuestra vida cristiana**.

Ante todo, descubrimos un **Dios** que es amor, que quiere bendecir al hombre, que salva, que nos quiere colmar de sus dones y que en Abrahán sale al encuentro de toda la humanidad para conducirle a la salvación, que es **Él mismo**.

Sí, **la salvación es Dios mismo**, es alcanzar a Dios, llegar a Dios, vivir a Dios. Este es nuestro destino, esta es nuestra felicidad. **Y el camino es la bendición**. Y para bendecir lo primero que hace Dios es hacerse presente, saltando la distancia entre **Él** y nosotros, salir a nuestro encuentro. Y en ese encuentro promete y pide fe en lo que **Él** dice, en sus designios, en sus promesas.

De aquí que nosotros tenemos que aprender algo que nos recuerda el Señor en el discurso del Pan de vida, capítulo 6 de san Juan. Allí en Cafarnaúm, cuando le preguntaban los judíos: ¿cuál es la obra que Dios quiere? El Señor respondió: *«la obra que Dios quiere es que creáis en aquel que Dios ha enviado»*. **Por parte del hombre, la verdadera obra de Dios** es ante todo la fe, **es creer** en Dios.

Así dice san Pablo en el capítulo 4 en la carta a los Romanos: *«Abrahán glorificó a Dios por su fe»*. Todo parte de aquí, de creer a Dios, pero la fe se hace vida, porque Abrahán cree y se pone en marcha, **camina con Dios**, su vida se convierte en una peregrinación, una conversión radical, su vida ahora es **vivir con Dios, seguir a Dios**, que le va marcando el paso; una vida atenta a Dios, pendiente de **Él**, disponible y dócil a Dios.

¡Sí, qué vida más bonita! Y en el fondo es la que tenemos que aprender todos los cristianos, **estar pendientes y ser dependientes de Dios, dóciles y disponibles para Él**.

También la vida de Abrahán nos enseña algo crucial: la verdadera fecundidad en Dios viene de la fe. ¿Qué es lo que ha hecho que Abrahán fuera fecundo? Ni que tuviera muchos bienes, ni que estuviera muy preparado, ni que hiciera obras extraordinarias, sino una cosa muy sencilla: *que creyera lo que Dios le decía*. Y su vida cambió, porque empezó a vivir la vida que Dios hizo en él, con él y por él.

Sí, la fe es la clave, **la fecundidad de la fe** atraviesa los siglos y llega hasta nuestros días, hasta el final de la historia. Uno, que en un determinado momento, a solas con Dios dijo “sí”, ha sido **causa de salvación** para toda la humanidad.

En nuestra vida, también, no somos conscientes de la fecundidad de la fe. Abrahán apenas vio nada, tardó en ver, vio a su hijo Isaac, vio un trocito de tierra y la alianza que Dios había hecho con él —«*Yo seré tu Dios*»— y fijaos, nosotros ahora aquí, han pasado tantos creyentes, la Virgen, Madre de nuestro Señor Jesucristo, tantos hombres y mujeres cristianos, porque él dijo “sí”.

Tampoco nosotros podemos medir la trascendencia de nuestra fe, pero sabemos que la fe es la clave para que se transmita la vida de la gracia; aquí, en el orden de la gracia, es clave la fecundidad de la fe. **Gracias a la fe del hombre Dios puede bendecir.**

Pero el Señor nos introduce en una **manera nueva de vivir**. Para alcanzar esa bendición, Dios pide una cosa muy sencilla: «*camina en mi presencia y sé perfecto*». Dios está siempre con nosotros. Jesucristo lo ha dicho por activa y por pasiva: «*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*».

¿Qué es la vida cristiana? Es caminar en presencia de Dios, y es caminando en presencia de Dios como alcanzaremos la perfección. De hecho, al joven rico el Señor le dice: «*si quieres ser perfecto, déjalo todo, ven y sígueme! Camina tras de mí y te haré perfecto*». Porque alcanzaremos la perfección dejándonos bendecir por Dios y Dios nos pide que nos dejemos conducir por Él.

Y, finalmente, Abrahán nos muestra que **la vida cristiana es una vida probada**: no podemos vivir una vida verdaderamente cristiana sin pasar por la prueba que nos purifica, que nos introduce cada vez más en Dios, nos capacita para crecer y ser bendecidos por Dios más plenamente.

Y la prueba de Abrahán pasa porque el Señor promete y hace esperar; después de veinticinco años, el hijo llega; y al final la prueba más dura, más difícil, el sacrificio de Isaac. Pero atención, porque aquí se nos está introduciendo en algo decisivo: la bendición de Dios vendrá a través del sacrificio del hijo, **la bendición de la salvación de Dios vendrá a través del sacrificio que el Hijo, Jesucristo**, hará de sí mismo para salvarnos. Dios está anticipando ya la clave de la salvación para toda la historia, que es la salvación que Dios ha realizado por el sacrificio de Cristo. Aquí, en Abrahán, ya se anticipa todo.

Pidamos al Señor la luz de comprender que si el Señor permite las pruebas, como nos muestra la vida de Abrahán, como nos muestra la vida de María, la vida de los santos, siempre es para conducirnos a la bendición más fecunda, más grande.

Y si Abrahán es nuestro padre en la fe, es el modelo de la fe, **María es la realización más perfecta de la fe**. Así dice el número 144 del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

Texto (CIgC § 144) _____

«De la obediencia en la fe, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma».

En la Anunciación **María cree** que nada hay imposible para Dios y dice: «*He aquí la esclava del Señor*»; como Abraham: «*heme aquí*». Y ella es proclamada en la visitación por Isabel «*bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*», la bendita que es bendición para todos. Y en la Presentación, María presenta, ofrece a Jesús a Dios, y como se le anuncia, una espada le traspasará el alma, porque estará al pie de la cruz, unida al sacrificio del Hijo, por el que nos vendrá la salvación.

Y nos dice el *Catecismo de la Iglesia Católica* en el número 1669:

Texto (CIgC § 1669) _____

«Todo bautizado es llamado a ser una "bendición" (Gn 12,2) y a bendecir (Lc 6,28; Rm 12,14; 1Pd 3,9)».

Sí, como Abrahán, como María, **nosotros** hemos sido **llamados** por nuestro nombre **a ser bendecidos y a ser una bendición** para los demás.

Concluimos alabando y bendiciendo al Señor con las palabras de san Pablo a los Efesios 1,3:

*«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en Cristo
con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos;
por cuanto nos ha elegido en él, antes de la fundación del mundo,
para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor».*



*Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María
emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid,
el 11 de noviembre de 2007*



PARA PROFUNDIZAR EN NUESTRA VIDA CRISTIANA

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal
y a la comprensión del texto:*

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu

Pídele que te ilumine y
te abra a la comprensión de la
Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para
captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en
este encuentro?



Oración

Respondo al Señor,
de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con
otra actitud

Como resumen de este pasaje del evangelio, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Sabríamos definir qué es la fe?
- ✓ ¿Qué significa creer hoy en día?
- ✓ ¿Se puede perder la fe?, ¿cuáles serían las razones?
- ✓ ¿Se puede crecer en la fe?, ¿de qué manera?
- ✓ ¿Qué hábitos, comportamientos y actitudes debemos modificar para ser personas de fe agradecidas por los beneficios que Dios nos da diariamente?
- ✓ ¿Tiene sentido la fe en un mundo donde la ciencia y la tecnología han abierto nuevos horizontes hasta hace poco impensables?